

Adeu

## ¿Crisis o decadencia de la poesía?



L distinguido ensayista Luis Alberto Sánchez (hoy avecindado en Puerto Rico), en su reciente artículo intitulado: "Qué pasa con los poetas", nos dice que en los últimos cuatro años le ha "preocupado, y preocupa, averiguar en qué forma se desarrolla y extiende la poesía; cómo evolucionan los poetas..." etc., a fin de "definir el común denominador de sus angustias, si lo hubiese". Luego nos añade que, pese a sus averiguaciones e interés debe "confesar" su más absoluta derrota, pues no encuentra ya, "entre los años 1947 y 1951 concretamente, una eclosión comparable a la de los años 1935-1940", ni vislumbra "las nuevas personalidades destinadas a ocupar el vacante lugar de los ya antiguos penates". He aquí el planteamiento que hace Luis Alberto Sánchez, en términos generales y, en particular, nombrándolo, a quien escribe estas líneas.

Por otra parte, en forma de preguntas, enumera Sánchez las diversas posibles causas de la decadencia y merma del trabajo poético. He aquí las que señala: A. "¿Ausencia de temas?"; B. ¿Orfandad de personalidades?"; C. ¿Impermeabilidad del ambiente?"; D. ¿Desatención de lectores?"; E. ¿Falta de editores? y F. ¿Confusión de espíritus?"

Las causas C y D podrían resumirse en una sola, pero, esta ob-

servación es secundaria. Lo importante es saber si en un lapso tan pequeño: 1947-1951, puede medirse una decadencia, merma o fatiga del trabajo poético. En efecto, en todas las épocas, sólo ha habido tres o cuatro poetas señeros. El resto sólo ha sido la ocasional pléyade de los imitadores; mejor dicho: versificadores, con rima o sin ella. Personalmente, creemos que Gustavo Adolfo Bécquer (a pesar de haber sido un poeta menor pero exquisito), engendró no menos de quince mil imitadores... Entonces, apreciar o no esta decadencia o fatiga, resulta en extremo subjetivo. Sin embargo, hace un año (en Buenos Aires), una poetisa me decía: "Los libros de poesía que llegan a mis manos no me dicen nada; son sólo imágenes confusas que pasan, sin herir ni inmutar..." Y como son varios los observadores que comprueban sensaciones similares (incluso nosotros), tenemos que llegar a la conclusión que el artículo de Luis Alberto Sánchez es oportuno e iremos, por lo tanto, modestamente, a su examen y respuesta.

En cuanto a la letra A (temas) expresa Sánchez que "Si alguna época se halla preñada de asuntos es la nuestra". Realmente, *sucesos* han acaecido muchos, sobre todo bélicos: batallas, bloqueos, bombardeos, torpedamientos, etc., en dos guerras mundiales sucesivas; y, también, *sucesos* de otra índole: abolición de la tolerancia mediante el partido único, la verdad política única, la prensa única del partido que está en el poder, el campo de concentración, etc., o sea, acontecimientos contrarios a la libre y espontánea expresión de la individualidad. Entonces, no cabe duda de que *sucesos* se han producido con suma abundancia, pero la ausencia de libertad y democracia, la crisis de la moral (consecuencia de todas las guerras), y la ausencia de bienes materiales (por destrucción de los mismos y de sus fuentes con ocasión de los conflictos armados), ausencia de bienes que trae el empobrecimiento colectivo, son todos elementos negativos que colocan a los temas dentro de una campana neumática o una alambrada de púas, y que los hacen inaccesibles e inútiles para el poeta.

En un pasado inmediato, los futuristas, teorizantes en favor de la guerra y el partido único de procedencia latina, se aprovecharon, a sus anchas, de la libertad que otorgó el liberalismo europeo; y Mussolini llegó hasta aprender de memoria alguna de sus frases: "Sacudir el polvo de los viejos bustos de yeso", decía. Mientras hubo liberalismo, Marinetti pudo hasta llegar a invitar a las mujeres —siempre tan cautas— a que amasen "a los gloriosos mutilados..." Y, así, también pudo escribir algunas páginas notables precursoras del surrealismo mundial, por su tendencia al sadismo y masoquismo estéticos, desparpajo y espíritu de escándalo. Dentro del liberalismo todavía era posible el escándalo, oxígeno extremo del poeta... Pero cuando llegaron las ortodoxias políticas infalibles... ah, entonces, ya no es posible ni siquiera el escándalo mediante la música de una sinfonía inocente... El surrealismo tuvo, claro está, su grandeza. Fué, tal vez, el último estertor soterrado, monumental, de un yo que pronto iba a ser pasto de las cámaras de gases o del trabajo forzado so capa de justicia y sutil esplendor sociológico. Y en Freud tuvo a su cirujano espiritual más desinteresado y eminente.

Cuando el surrealismo fenecía, o antes de fenecer, los partidarios del partido, la prensa y el pensamiento únicos lograron, en parte, izar o levantar un clima ideal surgido de interpretaciones particulares y restringidas de los procesos económicos: el antiimperialismo. Y se le presentó como a un combate capaz de encender el arco iris de lo épico. Pero también hombres libres, demócratas batalladores y sinceros, se percataron de la cuota de verdad irrefutable que había en la batalla antiimperialista, y así tenemos que en Estados Unidos se dictó una ley reguladora de los monopolios y, en el plano internacional, se tomaron medidas diversas, de defensa y buena voluntad humana. Pero pocos poetas —es lo cierto— sintieron el tema. (Yo creo haber contribuído en algo con mi poema "Los brazos de Galvarino" y algunos otros; y ruego perdones por la forzada referencia).

Sin embargo, pronto, demasiado pronto, se descubrió que la

lucha contra el capitalista o el empresario (que aparentaba ser una clase privilegiada), iba a servir para forjar otra clase: el burócrata al servicio del Estado, y éste, a su vez, apoyado —como ya lo denunciábamos— en la ideología, la prensa y el partido únicos. En suma, una clase nueva y afortunada poseedora del pan del prójimo y de todos los instrumentos para ahogar la individualidad, el yo, diamante insustituible de toda creación poética y que el liberalismo mundial, pese a sus ofuscaciones y errores, fué generoso en fomentar.

Entonces, pasado el sadismo y masoquismo surrealista, pasado su desparpajo, liberado el yo estético, al margen de todos los temas de la realidad circundante; entendido y visto que una lucha antiimperialista es inútil si se va a crear el burócrata, clase privilegiada, el poeta de hoy se ha quedado sin ideales a mano. Ante la dura realidad circundante, los poetas o, mejor dicho, versificadores del presente, han adoptado dos caminos: seguir en la tentativa surrealista que, perdida su grandeza inicial, ya es sólo lo “surrealistaide”, en el sentido de “eunocoide”; o bien, como se hace, no poco, en el Río de la Plata y en la Península, seguir produciendo entidades poéticas retóricas en base al soneto y otras formas estróficas que, con serios fundamentos, deben considerarse caducas, dentro de un marco más hondo de pensamiento que sería: la caducidad de las viejas formas poéticas, incapaces de contener una sensibilidad y espíritu nuevos, según la pauta de nuestro artículo “La caducidad del soneto” (revista “Caballo de Fuego”, N.º 4, Buenos Aires, 1948).

En cuanto a las otras letras: B ¿Orfandad de personalidades?; C ¿Impermeabilidad del ambiente? y D ¿Desatención de lectores?, todas pueden reducirse en una sola respuesta: hay orfandad, hay impermeabilidad, hay desatención, como una consecuencia de la crisis de la libertad, de la ética, de la tolerancia, y de la democracia, consecuencias, a su vez, de la brutalidad de las guerras y de la terrible crisis por que atraviesa (como ya lo vimos) la individualidad del hombre. Por otra parte, las escuelas sociológicas materialistas no repararon o no pudieron reparar (como que eran una última

y torcida consecuencia del positivismo mundial), en la imposibilidad de satisfacer las necesidades económicas e intelectuales del hombre por falta de tiempo, espacio geográfico y aumento descontrolado de la población del mundo (55,000 personas por día). Entonces, rota la convivencia humana, *perseguidos los poetas*, y en presencia de una penuria de bienes morales, espirituales y materiales, ¿pueden esperarse voces de renacimiento?

Finalmente, nos queda que examinar otra proposición de Luis Alberto Sánchez: la letra E ¿Falta de editores?, que resulta secundaria ante los problemas planteados en este análisis. Sin embargo, iremos a su meollo.

El negocio editorial —para desgracia del poeta sudamericano— está en América del Sur en manos de exilados europeos que no hacen gastos de propaganda, y que niegan toda ayuda a las revistas literarias. Simplemente, esperan que el autor se envejezca y luche por su propia cuenta, hasta hacerse conocer, para lanzar un libro suyo. O bien, se aprovechan de coyunturas increíbles: que un poeta, verbigracia, injurie a un Presidente de la República y, producido el escándalo, capitalizarlo. Además, conocemos casos en que estos exilados, por nacionalismo inútil o mezquino, se han negado a publicar libros (ya sea antologías valiosas de todo un país), u obras individuales de gran mérito, aunque el poeta americano se costee la edición de su propio peculio. A uno de los más grandes poetas habidos después de Rubén Darío en América le plantearon —conocemos el caso por confesión de uno de estos editores— esta negativa monstruosa. Sin embargo, el poeta-editor exilado que dirige la colección, se publica todo lo publicable e impublicable, dentro de la misma. Así, en esta forma deleznable, el nacionalismo de los exilados europeos que dirigen editoriales se opone a que irrumpa la grandeza —que pese a todos los obstáculos y miserias existe— de la poesía americana. Y si a este triste nacionalismo, se agregan los 20 nacionalismos de nuestras repúblicas... entonces, tenemos la aldea cultural perfecta. No hay intercambio; no hay fraternidad intelectual; no hay vasos comunicantes culturales...